

En memoria de D. CLEMENTE SAENZ

Pocas personas habrán dejado tras de sí una huella tan profunda como la ha dejado, con su fallecimiento, el Profesor Clemente Sáenz. Huella como hombre, como científico, como ingeniero, como profesor, como escritor, como erudito, como amante de su tierra y sus tradiciones. La REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, cuyas páginas se honraron tantas veces con su colaboración y a la que siempre prestó su cariñoso consejo, quiere rendir un pequeño homenaje a su recuerdo, dedicándole las páginas que siguen. Pocas veces será tan cierta la afirmación de que la Ingeniería y la Ciencia española han perdido a una de sus personalidades más destacadas, cuyo hueco será difícil cubrir.

Se resumen a continuación las opiniones que sobre la persona y la obra de D. Clemente han redactado sus compañeros, miembros del Comité Español de Grandes Presas, como muestra representativa del pensamiento de quienes conocieron bien al Profesor y supieron de su humanidad y sabiduría.

Produce fuerte emoción evocar a quien acaba de partir, siendo intenso el cariño hacia él, cariño que se inició en el aula de la Escuela, para después crecer con trato frecuente, casi familiar, y que dificulta el ordenar y expresar ideas.

D. Clemente es una de esas personas que dejan huella en su paso por la tierra. Todos le recordamos como nuestro Profesor, insigne científico e investigador. Su vida, clara y diáfana, es conocida de todo nosotros. Solamente por creer que rindo un tributo humilde a quien tanto se dedicó a todos nosotros, y por deseo de corresponder de alguna manera a lo mucho que de D. Clemente he recibido, me decido a escribir estas líneas sobre él, aunque probablemente poco o nada añadiré que no sea sabido o compartido por todos.

¿Por qué al nombrar a D. Clemente sentimos todos una emoción especialmente intensa? ¿No será porque por encima de sus grandes cualidades como sabio geólogo y científico tenía otras aún mayores? Me refiero a sus valores humanos, que invitan a la emulación.

Diríase que en D. Clemente se hizo realidad el consejo evangélico de "si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos". Por su sencillez de espíritu, su sinceridad y su ausencia total de doblez o disimulo, se ganaba el afecto y respeto de todos cuantos le conocían.

Mostraba una contagiosa alegría, que derrochaba al contar anécdotas a otros compañeros; y que, en su papel de profesor, le permitía disfrutar ampliamente de las travesuras que hacíamos los alumnos, aunque al mismo tiempo guardásemos las debidas formas y el respeto. Así, en un viaje de prácticas, estando reunidos con el Director e Ingenieros de la Confederación que nos hospedaba, nos animó a cantar unas coplas que por casualidad nos había oído el día anterior, en las cuales arremetíamos contra Escuela y Profesores. ¡Con qué expresión de contento escuchaba nuestros juveniles cantos en aquel momento, que revestía cierta solemnidad!

En la vida profesional, D. Clemente parecía poner en práctica la idea bergsoniana de que la mente humana conoce no sólo a través de conceptos, sino también directamente, con la intuición. ¡Qué lejos quedaba D. Clemente del desequilibrio que con frecuencia se produce en uno u otro sentido! Dominaba profundamente los conceptos matemáticos; sin embargo, cuando se le pedía una consulta técnica, recomendaba, a veces, soluciones que a algunos chocaban como muy intuitivas, o de mera aplicación del sentido común. Tal vez una labor importante en nuestra Escuela sea la de enseñar a los futuros ingenieros que deben aspirar a ese conocimiento intuitivo, pero mostrándoles que para ello previamente han de ejercitarse intensamente en los procesos de análisis y han de saber ordenar e intercorrelacionar conceptos.

Todos sabemos cómo D. Clemente era un viajero incansable, siempre dispuesto a recorrer a pie grandes distancias y dejando a los más jóvenes "con la lengua fuera". No hace muchos años aún, al conocer que algunos jóvenes habían salido para hacer espeleología en las cercanías de Soria, se decidió a seguirles. Ya habían salido ellos por el extremo opuesto de la cueva, a la que entraron, y comentaban los vericuetos y peripecias del recorrido, cuando en la boca de la cueva vieron aparecer a D. Clemente. Le preguntaron si no había tenido ninguna dificultad haciendo solo la excursión subterránea, y contestó: "¿Por qué?, ¡conozco la cueva como si fuese mi casa!".

Su antiguo anhelo de dar la vuelta al Mundo lo pudo ver cumplido hace tres años, a continuación del Congreso de Grandes Presas celebrado en Canadá. Por cierto, que al despedirme de él en Montreal me quedé con la pena de no serme posible acompañarle y disfrutar de sus interesantes observaciones ante detalles, nuevos para quienes no tenemos la vasta cultura que él poseía; al mismo tiempo, conociendo sus célebres "distracciones" —consecuencia lógica de ocupar la mente en cosas más importantes y trascendentes que las pequeñas del momento— quedé un tanto preocupado, puesto que haría el viaje él solo. Mi inquietud aumentó cuando me dijo D. Clemente, mostrándome una cartera de mano: "he de poner gran cuidado en no perderla, pues en ella, además del pasaporte, llevo todos los billetes de avión y reservas de hotel. El otro día se me olvidó en un bar, pero afortunadamente estaba cuando volví a buscarla". Pero D. Clemente se había propuesto dar la vuelta al Mundo, la dio y volvió contentísimo.

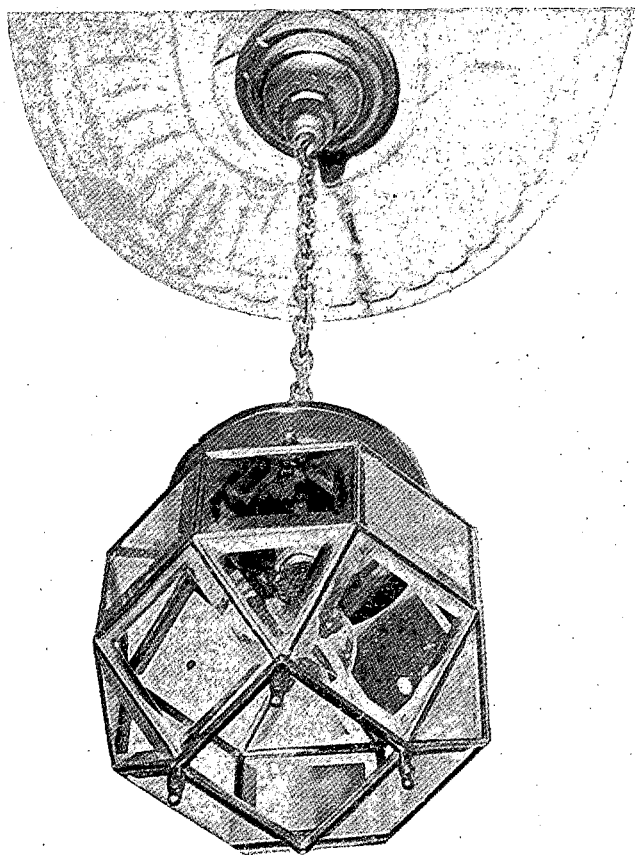
Es realmente conmovedor el ejemplo que nos ha dado durante los últimos meses de su vida. Totalmente paralizado, y sin poder ni siquiera hablar, mostraba una profunda resignación. Pero lo que aún más nos asombraba era el interés activo que seguía manteniendo por la ciencia y la vida que le rodeaba. Seguía las conversaciones de los demás, dando un brillo especial a sus ojos, y hasta sonreía cuando algo le divertía. A todos cuantos le conocimos así nos ha dejado huella imborrable ver cómo la fuerza del espíritu puede sobreponerse a las calamidades del cuerpo. D. Clemente transmitía sus pensamientos recurriendo a un abecedario que se le ponía delante de los ojos. De letra en letra se construía la palabra que deseaba expresar y —aunque

realmente parezca increíble— conseguía se le hiciesen las construcciones geométricas correspondientes a los problemas topológicos en que seguía pensando. Cuando una vez le expusimos nuestro asombro ante una nueva solución, que con este método de proceder había encontrado, y al recordarle también su maravillosa colección de complicados y preciosos poliedros, indicó que deseaba hablar. Compuestas las letras que nos fue señalando, resultó la frase: "la vida es corta". Sí, siempre demasiado corta para quien está henchido de ilusiones y de ideas a desarrollar; pero en casos como éste, cuan fructífera y trascendente.

Que sepamos todos seguir el ejemplo de este verdadero Maestro que recientemente hemos perdido.

ALFONSO ALVAREZ MARTINEZ

* * *



La mayoría de los actuales Ingenieros de Caminos que tuvimos que superar los exámenes de ingreso en la Escuela, correspondientes a los planes de estudio anteriores a 1957, recordamos todavía aquellos problemas sobre poliedros, cuya paternidad atribuíamos a D. Clemente.

Su afición a los volúmenes geométricos, en clara relación con la cristalografía, era bien conocida de todos, y producía una verdadera satisfacción contemplar su colección de sólidos, maclados o no, que, contruidos muchas veces con sus propias manos, guardaba en su domicilio.

En relación con estas aficiones de D. Clemente, recuerdo una anécdota curiosa de la que fui casualmente testigo:

Hace ya algunos años me encontré a D. Clemente, en la Sala de Profesores de la antigua Escuela, preso de viva agitación. Se le veía claramente enfadado. Cuando alguno de los presentes le preguntó por el motivo de su indignación, nos dijo algo parecido a esto: "Acabo de leer una interesantísima comunicación de un académico soviético sobre propiedades de poliedros formados por polígonos regulares de varias clases y que tienen unas propiedades muy interesantes, y estoy enfadado conmigo mismo porque éste fue un tema que me interesó hace bastante tiempo, y que no

llegué a desarrollar porque no encontré un ejemplo apropiado, y ahora, al leer esta comunicación, acabo de darme cuenta de que el ejemplo que buscaba estaba delante de mis propias narices, en la lámpara de cristales que está ahí mismo, en el vestíbulo de entrada del despacho de nuestro Director", y muy excitado decía: "¡Y llevo veinticinco años pasando por debajo de la lámpara!".

Sin comentarios.

CARLOS BENITO

Al dedicar unas palabras de recuerdo a Clemente Sáenz y hacerlo por mi carácter de ingeniero hidráulico, domina en mí, con la admiración, el sentimiento de gratitud al maestro que tanto influyó en el desarrollo de nuestras obras hidráulicas. Su intervención en ellas como geólogo fue inmensa y es bien conocida, pero quizá no lo sea tanto su gran visión de nuestros problemas hidráulicos y sus soluciones, desde su colaboración con Lorenzo Pardo en el Centro de Estudios Hidrográficos (Plan nacional, transvases) hasta sus criterios sobre una correcta política hidráulica ("Unidad funcional del agua como riqueza"), con la obligada modificación de nuestra Ley de Aguas. La Ingeniería hidráulica española le debe mucho a Clemente Sáenz, y en tal sentido, sé que mi gratitud es compartida por los que hemos trabajado o trabajan en esta especialidad, sin olvidar por ello que fue sólo una de las actividades del matemático, geólogo e investigador, del amigo ilustre, sabio y bueno que hoy recordamos.

FLORENTINO BRIONES

* * *

Todavía no me hago a la idea de escribir, ni de pensar en pasado sobre la extraordinaria figura de Clemente Sáenz. Me resulta, por ello, empeño arduo la descripción, aunque sea abocetada, de las distintas facetas de su personalidad, de su rico espíritu humanístico y técnico, que cualquiera podía ir percibiendo, una tras otra, en el trato amistoso con él.

En mi época de estudiante apenas tuve relación con Clemente Sáenz, porque mi promoción, la del 28, no fue de las que tuvieron la suerte de conocerlo como profesor y beneficiarse de sus magistrales enseñanzas. Le conocí, sin embargo, con motivo de la construcción del Salto de Villaba, y luego, al ser destinado en enero de 1929 a la Confederación del Ebro, mantuve un contacto ya más directo y asiduo con él. En la Confederación, Clemente Sáenz fue promotor del Pantano de cabecera del Ebro, bajo la dirección de Lorenzo Pardo.

Desde entonces, y más cuando adquirí conocimientos y mayor experiencia profesional, pude comprobar el valor indudable de sus asesoramientos geológicos, expuestos en informes ejemplares, en los que nunca faltaba junto a la advertencia de las dificultades el apunte claro de las posibles soluciones.

Mis relaciones con Clemente Sáenz se hicieron más intensas y frecuentes al ser designado adjunto de Tomás García Diego en la cátedra de Historia del Arte de la Escuela de Caminos, y al sustituirle, después, en ella. Mantengo de esa época el recuerdo, aún vivo, de mi asombro creciente ante la amplitud y la profundidad de sus conocimientos, que no se valoraban con justicia, según creo, en la primera impresión, porque Clemente Sáenz exponía y opinaba con particular y personalísima humildad, ayuna de acentos enfáticos y sin dar importancia especial a lo que decía, incluso cuando se trataba de sus valiosos hallazgos geológicos o arqueológicos.

Varias veces, en viajes de prácticas en los que para mi deleite coincidíamos, me sustituyó en las explicaciones a los alumnos —y complacido me sumaba a ellos—, sin que pudiera yo nunca, naturalmente, sustituirle a él cuando la disertación correspondía a la materia de su cátedra.

Por entonces, mi admiración hacia Clemente Sáenz se convirtió en amistoso cariño, confundiéndose, para siempre, ambos sentimientos.

Aunque todavía eran tiempos libres de la excesiva especialización —luego tan denostada—, la vasta cultura de Clemente Sáenz era permanente motivo de asombro: podía hablar o escribir con verdadero conocimiento de causa y con erudición auténtica, lo mismo de la monarquía sueva que de cualquier aspecto histórico-arqueológico de Numancia; igual del asalto a la fortaleza soriana por las tropas de Beltrán du Guesclin que del "wealdense" del Alto Ebro o de la fauna primordial en la provincia de León; tanto de los datos retrospectivos de la paleontología madrileña, como de la biografía gloriosa de Eduardo Saavedra y Moragas... La prehistoria y la historia, la geografía y las matemáticas, la toponimia y la morfología, incluso la pura literatura de creación —su Romance Mudo a la obra de Nuestra Señora del Mirón— eran campos abiertos a la andadura brillante de su pluma, que fue generosa, fecunda.

Cuando se leen, con atenta calma, sus artículos y ensayos parece imposible que fuesen sobre todo divertimentos, expansiones espirituales, ejercicios de afición, cuando hubieran podido ser, muy sobradamente, para cualquier otro, motivo y razón de fama legítima y bien ganado prestigio.

Para él fueron siempre algo que tenía su tiempo, después de la rigurosa atención a su Cátedra de Geología; después de la resolución de los problemas geológicos que, en relación con las obras de Ingeniería, le consultaba la Administración o le presentábamos constantemente sus compañeros; después de la dedicación a sus estudios matemáticos. Y aparte de su actividad en la Real Academia.

¡Ya no son posibles aquellas deliciosas conversaciones, de las que fui afortunado testigo, ante él y Tomás García Diego, en las que se agotaban los más diversos temas humanos y humanísticos, y que se convertían en monólogo fabuloso cuando salía a relucir el pleito sobre quien fuera el verdadero príncipe carlista!

Entonces, la sutileza dialéctica de Clemente Sáenz alcanzaba cumbres increíbles, tan extraordinarias por lo menos como su habilidad manual y su paciencia china para construir cientos de poliedros, de los que José Torán me ha ofrecido la muestra fotográfica que ilustra la portada de este número.

Con la muerte de Clemente Sáenz pierde nuestra profesión un grande e impar ingeniero; y ha perdido el país una singular mentalidad científica, que parecía, por su amplia proyección, instalada ya en el próximo siglo, y que por la extensión y firmeza de su humanismo enciclopédico parecía tener sus raíces más hondas y vitales en el ilustrado siglo XVIII.

SANTIAGO CASTRO CARDUS

* * *

Nada más fácil que la anécdota tratándose de Clemente Sáenz. Todos poseemos un amplio repertorio, avalado en muchos casos por el testimonio del propio protagonista, que gustaba relatarlas él mismo en ocasiones, por lo que el proceso mitificador que sin duda se producirá —dadas las dimensiones humanas del que doy ya por fabulado, y el gran número de Ingenieros que le conocieron de cerca— se asentará en el futuro en base firme.

Pero no he de referirme a ninguna anécdota concreta, cosa que harán con profusión y riqueza de matices plumas más ágiles y animadas a la pequeña historia. Me gustaría, en cambio, señalar algún rasgo que contribuyera a definir el torso de una personalidad tan humana y ricamente integrada con dotes de claridad espiri-

tual e intelectual. Yo veo ese trazo de grandeza en su invariable preferencia por lo más alto, que corresponde inequívocamente a las almas grandes. La indudable originalidad y fuerte personalidad que le caracterizaba tenía su natural complemento en la generosidad y perfecto desinterés de los bienes materiales.

No tuve la fortuna de hablar profunda y extensamente con él de los problemas esenciales de la vida humana. Sólo lo bastante para conocer su sólido sentir católico y su recio temple español.

En estos días de agitada controversia sería del mayor interés y nos aleccionaría a todos conocer las bases profundas de lo que creyó y sintió uno de nuestros más inteligentes y sabios compañeros, español de talla indudablemente universal.

D. DIAZ AMBRONA

* * *

Entre las grandes virtudes de nuestro desaparecido Profesor D. Clemente Sáenz estimo que a través de los contactos que tuve con él, tanto en la Escuela como luego en la actividad profesional y especialmente en la construcción de Presas, pueden apuntarse las de sus extensos conocimientos de Geología, tanto teóricos como de aplicación práctica a los proyectos y obras, que le hacían el primero de los Ingenieros en esta especialidad en España; su extrema caballerosidad y afabilidad en el trato con sus antiguos alumnos y su gran modestia en relación con su capacidad y valía técnica.

Por todo ello será imborrable su memoria entre todos los que de una forma u otra tuvimos relación con él, y estamos seguros que por sus grandes cualidades humanas estará gozando de la presencia de Dios.

CARLOS DUELO TOPETE

* * *

Un día de abril del año 1945 amanece en el Teide un grupo de "chalaos", que en la pura tiniebla han trepado para contemplar la salida del sol desde lo alto. El resto de la promoción dormita en el refugio entre insomnios de mal de montaña y resacas del banquete en las Cañadas. La bruma espesa impide ver más allá de un tiro de piedra. No importa, la cumbre se ha alcanzado, y entre carámbanos de hielo y fumarolas del volcán se apiña el breve grupo alrededor del profesor D. Clemente. Bien vapuleados por el viento inician el descenso una vez cumplido el rito telúrico.

Promoción del cuarenta y ocho. "Gris perla", apostillada por un profesor de segundo. Alguien ha escrito ya sobre la generación gris de la postguerra. En aquel viaje de prácticas conocimos bien a D. Clemente. Ninguno de los compañeros lo ha olvidado en el XXV aniversario recién celebrado en el archipiélago. Todos recordamos con nostalgia las conversaciones cálidas con nuestro profesor de Geología y maestro en humanidad.

Al transcurso de los años se agigantó su figura en nuestra conciencia, y los que tuvimos la suerte de volver a tratarle, a causa de nuestro oficio de construir presas, pudimos captar una y otra vez la calidad del maestro y hombre bueno que hemos perdido.

Ejemplo de ingenieros en bien templada mezcla de científico y humanista fue capaz de elaborar la difícil Síntesis en una época de especialidades desintegradoras.

Descanse en paz D. Clemente Sáenz. Quedemos nosotros con la esperanza cristiana de volver a encontrarle en la Vida verdadera.

JULIAN GARCIA ROSSELLO

* * *

Entre el innumerable conjunto de recuerdos que una personalidad tan singular y humana deja impresos entre los que con él se relacionan, es difícil señalar alguno que destaque sobre los demás. Su poderosa inteligencia, su profunda erudición, su atinado consejo, su enorme capacidad de síntesis o su insobornable fe eran aspectos bien patentes de su persona que no parece necesario recordar a los que le conocieron y en especial a los que fuimos sus alumnos. Sin embargo, para mí tenía otras virtudes menos conocidas y de gran valor, como eran su inagotable curiosidad por todo, expresión indudable de la juventud de espíritu que le acompañó hasta sus últimos días y también un desinterés tan grande por lo material, pues cifraba en otro estadio el valor de las cosas y de las personas. Dios habrá valorado adecuadamente los quilates de su alma.

JOSE LUIS GUITART

* * *

*Maestro de roquedos, tú enseñaste
el mundo mineral, la Gea inerte.
Pero, al hacerlo, ponías en tu empeño
la vital emoción del Humanista.*

*Hiciste renacer, en tu tarea,
aquel ardor sagrado
con el que Adán nombró cosa por cosa.
Clamabas ante el Valle:
¡Oh, Universo cruel y silencioso!
Junto a tu inmensidad y a tus Edades,
menos que átomo soy.
Pero, yo, pienso.*

*De tu astral permanencia
el rebaño infinito pastorear puedo
en el divino aprisco de mi mente.
¡Tú no sabes siquiera que yo existo!*

* * *

*Día a día transcurro
cabe el noble edificio
en el cual te escuché por vez primera.
Bulle de actividades burocráticas.
Pero la antorcha huyó: vive y se agita
huérfano del calor del Magisterio.*

¿Qué secreto encerrado
en el doble helicoide de la Vida
fue capaz de dejar tu cuerpo inerte?
¿Tú, que al monte soberbio
podías desvelar estrato a estrato
y pliegue a pliegue? ¿Tú, que el paisaje entero
sabías cautivar en una frase?

¿Por qué hay un devenir? ¿Por qué una Muerte?

No, el mundo mineral no hubo su presa.
Tu cuerpo consiguió: materia sólo.
Tu mente Magistral nunca es pasado:
su luz siempre ilumina, aunque se aleje
en la estela del Tiempo. La veremos
cada vez más distante: nunca extinta.

.....
Una estrella.

JOSE A. JIMENEZ SALAS

* * *

El desaparecido y llorado Ingeniero de Caminos Clemente Sáenz García era verdaderamente un hombre polifacético, y ¡barcaba no solamente todas las disciplinas científicas, sino además las diversas materias de un iluminado Humanismo. De esto, en tres de sus aspectos —el Arte, la Aristocracia y la Política— nos vamos a ocupar en la presente nota conmemorativa.

Clemente Sáenz no era un artista, en cuanto a cultivador de algunas de las Bellas Artes, pero sí un erudito en estas cuestiones, principalmente en lo que a las Artes Plásticas se refiere; su documentación respecto a las escuelas y estilos arquitectónicos era completísima, pues aparte de su conocimiento integral de la Historia del Arte, en todos sus viajes y recorridos —tanto en España como fuera de ella, que fueron muchos y copiosos— siempre elaboraba sus trabajos ingenieriles y científicos con una fuerte dosis contemplativa y crítica de todas las obras de arte por donde pasaba, desde la aldea más chica a la gran ciudad, informándose concienzudamente y tomando notas de todo lo que veía e incluía en su monumental acervo, particularmente de cosas muchas veces desconocidas. Iglesias, capillas, retablos, edificios, cuadros, relieves, esculturas, etc. almacenaba en su mente, como si se tratara de un especialista. Se dedicó con particular interés al Románico, estilo en el que verdaderamente era una autoridad. ¡Lástima que en su vida no dispusiera de tiempo para plasmar en el papel todo ese caudal de conocimientos, que sólo sus acompañantes disfrutaron! El con el ilustre Lorenzo Pardo —ese sí cultivador y artista “per se”— se complementaban totalmente.

Pero esta cultura artística era bastante conocida por sus compañeros, discípulos y amigos, por lo que vamos a examinar ahora su faceta como auto-aristócrata de la sangre, particularidad sólo conocida por algunos de sus asiduos e íntimos colaboradores, en su etapa de la Confederación Hidrográfica del Ebro.

Con la natural sorpresa notó uno de los Ingenieros que más le acompañaban su erudición en materias tan poco corrientes como la genealogía y la Heráldica. Cuando estos estudios maduraron quiso examinar la genealogía de su apellido e inicial-

mente orientado por ellos, aprovechando uno de sus múltiples viajes a La Rioja (Logroño) y acompañado de su segundo de "a bordo" fue a visitar a un profesional especialista —especie de Rey de Armas— residente en esa capital de provincia, que era un documentado canónigo, el cual le orientó para que pudiera visitar los dos solares de nobleza de aquellos territorios riojanos, estos eran el solar de Tejada y el de Valdeosera.

Con objeto de evitar dispendios con las juntas de nobles de ambos solares, esperó las fechas de fiestas en los que graciosamente se podían consultar los libros "Becerro" (de inscripción nobiliaria), y allí fue nuestro gran Clemente, que los examinó con detenimiento exhaustivo y provisto de su árbol genealógico que pacientemente había construido y los datos tomados en los libros Becerro de los Solares, llegó a entroncar con cinco expedientes de Hidalguía a favor de otros tantos Sáenz (en su origen Sáenz de Subera) antepasados directos suyos, terminando con la linajuda probanza de su apellido, después de lograr con su paciencia y su conocimiento del tema, "en dos patadas", lo que a otros plutócratas costaba tanto tiempo y dinero... y, a veces, sin conseguirlo.

Veamos, por último, la anécdota política de nuestro hombre.

En general, hablaba poco de estos asuntos, pero ya con la República empezó a "asomar la oreja" como tradicionalista, lo que llegó al paroxismo durante el Movimiento, en que apareció vestido de flamante Capitán de Requetés. El 18 de Julio del 36 le cogió en el Congreso Matemático de Oslo, y despistado —como de costumbre— al enterarse que Queipo de Llano dominaba en Sevilla y que en cambio el General Pozas mandaba en Madrid, con cierta lógica invirtió las ideologías de ambos y se dispuso a volar hacia la Capital, menos mal que un compañero de viaje le sacó de su error, y variando el rumbo entró en la Zona Nacional.

Siempre que por sus ideas políticas era tachado de reaccionario, él respondía siempre un ¡cómo reaccionario..., ultrarreaccionario!

En los últimos años era de la Junta Nacional del Pretendiente D. Hugo de Borbón, y como los buenos acudía a Montejurra; sobre el féretro que llevó sus restos mortales a su amada Soria iba la gran Boina Roja, representante de la Tradición.

Descanse en paz tan polifacético, anecdótico y querido amigo y compañero.

JOSE M.^o MARTIN MENDILUCE

* * *

Será ésta una nota de pocas líneas, pero bien llena de hondos sentimientos de acerbo dolor, por la pérdida de aquel gran amigo, del eximio compañero, del hombre modesto y bueno, de quien no se sabía qué admirar más, si la profundidad y alcance de su talento, siempre cargado de ideas fecundas, o el ansia innata de difundir su sapiencia, pues, enamorado de la verdad, sentía hondo disfrute con su expansión, al descargar en los demás, instintivamente, la sabiduría que su intelecto albergaba. Había nacido Maestro.

Mis primeros contactos profesionales con Clemente, fueron durante la construcción de la presa del pantano del Ebro.

Allí, bajo el mando del gran Lorenzo Pardo, tuvimos nuestra primera actuación geológica en común.

Después, a lo largo de medio siglo, Clemente y yo anduvimos juntos, centenares de kilómetros, sobre nuestra geología española, estudiando y procurando la mejor solución para adaptar a ella las características de gran número de obras de presas, túneles, puentes, etc., proyectadas y construida durante ese gran lapso de tiempo, y, desde la Jefatura de Sondeos, el Servicio Geológico y la Asesoría Geológica de Obras Públicas, tuve amplio campo y la suerte inmensa de admirar y disfrutar de las excepcionales dotes de Clemente, que actuaba como verdadero maestro de una ciencia profundamente sentida y que dominaba con rara certeza.

Grandes eran sus dotes de memoria feliz y de capacidad para componer esquemas geológicos y aplicarlos con sorprendente realismo al caso que estudiaba, y no era menos aguda su facultad excepcional para analizar minuciosamente un tema, separar de él cuanto hubiera de engañoso y deducir el verdadero y útil esquema que constituiría la solución decisiva.

Los más destacados expertos de la geología, le admiraban y le comprendían y esto no sólo en nuestro Cuerpo de Caminos, en el que se le consideraba número 1 indiscutible en aquellas materias, sino que igualmente, entre los ingenieros de Minas y profesores de la Universidad, se le estimaba como maestro excepcional.

Sus conocimientos eran enciclopédico y destacaban entre ellos los del campo de la Matemática, de la Historia y de la Literatura y, asistido de una prodigiosa memoria, solía enriquecer sus amenas charlas con muy júcidas sugerencias, de verdadero interés.

Entre sus amigos y compañeros, la figura de Clemente deja un imborrable recuerdo por sus cualidades humanas de bondad, sencillez y sinceridad.

Hombre de muy profundos y muy arraigados sentimientos, sobresalía en él, de modo singular, su amor ferviente a la tierra natal, la tierra soriana, amor que venía a formar parte integrante de su naturaleza, y estaba también muy arraigado en su espíritu con verdadera identificación, e tradicionalismo, sin que su entusiasmo, pleno de ardor juvenil, decayera nunca.

No podré olvidar la última impresión que dejó en mi alma la enfermedad de Clemente.

De forma insidiosa, sutil y progresiva, había atacado a su sistema nervioso, haciéndole perder facultades, de modo irreversible. Muchos meses duró el proceso y, a lo largo de él, perdía movimiento, posibilidades, pero se mantenía incólume su inteligencia y en activo su voluntad.

Varios meses antes de morir, cumplidor fiel y exacto de sus obligaciones, cualesquiera que fuesen las circunstancias, le vimos, con honda pena y emoción admirativa, asistir a alguna de las sesiones de la Comisión de Grandes Presas, en que se trataba de un tema geológico.

Iba conducido por familiares suyos, en un carrito, desde el cual manifestaba con gestos su opinión, al no responderle ya la palabra.

Admirable y emocionante ejemplo de todo un hombre que rinde culto supremo al pensamiento, que se entrega hasta el último instante a la misión profesional y que nos enseña cómo el espíritu vive y actúa por encima y a pesar del cuerpo físico decaído y casi ya inerte.

La última vez que visité a Clemente, pocas semanas antes de su muerte, fue para felicitarle por el éxito de su hijo, y querido compañero nuestro, al obtener, en oposición, la cátedra de Geología en nuestra Escuela de Caminos.

Iba a ser una entrevista emotiva; para Clemente, se trataba del triunfo de su hijo, como sucesor suyo, y en la cátedra que él había colocado a la máxima altura.

No se interrumpiría la sucesión de los "Clemente" en la Escuela de Caminos.

Previa consulta a su esposa, realicé la visita, que dejó en mí tan profunda huella, que no puedo prescindir de su referencia, como término de estas notas, porque difícilmente encontraría una imagen más expresiva, definidora de nuestro dilecto amigo, ni alusión a escena que mejor nos eleve el espíritu a regiones más puras.

Encontré a Clemente sumamente debilitado, pero con buena expresión en el gesto, lo que me animaba a conversar.

Delante del sillón de ruedas de Clemente había un veladorcito, sobre el que tenían un círculo de madera y dibujadas en él, con buen tamaño, las letras de un abecedario completo.

Y he aquí cómo se desarrollaba la conversación, que en seguida Clemente, después de mi enhorabuena, que le alegró mucho, orientó hacia el entonces próximo Congreso Internacional de Grandes Presas.

Cuando Clemente me formulaba una pregunta, como no tenía voz ni otra posibilidad de expresión que el movimiento de los párpados, miraba a su mujer, ella iba pasando lentamente el puntero sobre el abecedario de la mesa, y cuando tocaba la letra correspondiente de la palabra, Clemente, con un movimiento de los párpados, indicaba que aquella era la letra y entonces la esposa lo iba anotando en una pizarra, repitiéndose esto así para cada letra de cada palabra.

La respuesta de Clemente se producía de análoga manera, y así se desarrollaba la conversación, que era un verdadero alarde en el que se conjuntaban la serenidad de Clemente, dominando su situación tan precaria y la paciencia y habilidad de la esposa, en aquel diálogo mudo, reflejo mutuo de inteligencia y amor.

Refiero tan triste y a la par tan aleccionadora escena de despedida, porque, dirigidas estas líneas a los compañeros y, por tanto, a amigos y admiradores de Clemente, creo de mucho interés conocer este cuadro y meditar sobre él en silencio y pidiendo al mismo Clemente unos instantes de paz en el espíritu, para poder captar todo su alto sentido y su tremenda lección de temple y de amor, unidos en hermoso haz.

Reiteramos desde aquí nuestro más sincero y sentido pesar a su esposa, excelentísima Sra. D.^a Concepción Ridruejo y a todos sus hijos, de modo muy especial a nuestros muy queridos compañeros Clemente y Fernando.

JOSE M.^a VALDES

* * *

Eran tantas y tan variadas y ricas las facetas de la personalidad de D. Clemente —inteligencia, sabiduría técnica y general, y sobre todo, su bondad y altos valores humanos, entre los que no dejan de figurar sus personalísimos y simpáticos "despistes"— que es difícil glosarlas en globo sin pecar de ligereza o de latitud, y demasiado monográfico elegir una sola. Sin embargo, esto es lo que voy a hacer en estas líneas, pues una sinfonía se compone de notas que dan la armonía total, y en ella yo voy a tomar mi "partitura".

Una característica muy personal de D. Clemente era su confianza en la técnica. Ella le llevaba, con raras excepciones, a admitir como apto todo terreno para una obra, y concretamente para una presa. La diferencia entre una cerrada y otra era sólo de exigencias de observación o medidas a tomar. Su posición mental era la

de prevenir y curar, rarísima vez la de desahuciar. A su mentalidad técnico-geológica repugnaba el maniqueísmo: no hay cerradas buenas y malas, todas son más o menos aptas. He tenido a fortuna de plantearle buen número de casos —aprendiendo mucho— y no logro recordar uno solo de rechazo absoluto, y a fe que en algunos me lo esperaba. Y siempre sus informes eran concretos, útiles y sin ambigüedades.

Esta actitud intelectual es ejemplar y positiva: el geólogo no debe eliminar posibilidades, salvo en casos muy notorios. Su papel es señalar al ingeniero las posibles dificultades para que las tenga en cuenta y resuelva con su técnica. Y en el caso de D. Clemente, que era a la vez de competente geólogo un magnífico ingeniero, la cita de la eventual dificultad siempre llevaba aparejada el apunte de las posibles soluciones, con una posibilidad de intercambio de ideas —gracias a esa doble aptitud— que hacía muy fructíferas sus visitas.

Dios le colme ahora esas ansias de saber que siempre tuvo.

EUGENIO VALLARINO

* * *

El gran amor que D. Clemente sentía por nuestro patrimonio natural e histórico, le llevaba a una preocupación constante por su conservación y al deseo noble de difundir su conocimiento. Gracias a esta preocupación, se han podido salvar importantes reliquias paleontológicas, como el pato fósil del Canal de Aragón y Cataluña, o los dinosaurios de Enciso, en Logroño.

D. Clemente había descubierto, en el curso de sus constantes correrías profesionales por la cuenca del Ebro, de cuya Confederación fue ingeniero en su primera etapa, un importante *ripple mark*, con huellas claras de animal prehistórico, asimilable a pato, que debió vivir hace unos cuatro millones de años, en un espaldón de arenisca del término de Peralta de la Sal, en Huesca.

Al comenzar hacia 1964 la explotación en la zona de las canteras areniscas, D. Clemente, temeroso del peligro que corría su valioso "pato fósil", recurrió, a través del que suscribe, a la Confederación Hidrográfica del Ebro, dirigida entonces por Joaquín Blasco, que mediante la adquisición de la cantera aseguró la protección y conservación de la joya paleontológica.

Otro caso análogo, en el que también tuve la fortuna de apoyar a D. Clemente, se produjo con motivo de los dinosaurios de Enciso. Hará poco más de dos años, y durante una de aquellas amenas charlas con las que siempre terminaban nuestras reuniones de trabajo, salió a relucir el tema del *ripple mark* antes citado, y del interés que presentaban estas reliquias del pasado. Me habló entonces de las huellas de dinosaurios de la cuenca del río Cidacos, a su juicio poco conocidas e insuficientemente explotadas. Puesto al habla con el actual Director de la Confederación del Ebro, Gonzalo Sancho de Ibarra, éste organizó de inmediato dos expediciones de reconocimiento, que confirmaron la existencia de las huellas en el término de Enciso, descubriendo algunas otras en mejor estado de conservación, y todas del mayor interés.

Doliente ya D. Clemente, tuve la satisfacción de informarle sobre el buen éxito del reconocimiento efectuado, pero su enfermedad impidió que llegara a visitar los dinosaurios, para asesorar a la Confederación en el correspondiente proyecto de protección.

R. URBISTONDO